Censura constantemente la situación española, consecuencia de la mala política: "Es verdad, aunque sea cosa muy vulgar, que necesitamos trabajar más con las manos, que necesitamos industria, agricultura, y comercio.... pero no son los sabios teóricos los que nos estorban. Porque no se puede llamar teóricos a la multitud de bachilleres y licenciados que aprueba Dios sabe cómo, y después aspiran a comerse medio presupuesto" (959).

En 1899 *La Regenta* se había agotado y apareció una segunda edición que llevará un prólogo de Galdós. Cuando éste acepta hacerlo, le escribe Clarín: "Gran alegría me ha dado usted diciéndome, por fin, que me escribirá el prólogo para *La Regenta.* Lo que hay es que prisa sí corre. Hágalo lo más pronto que pueda" (1022).

En el fin del siglo sus fuerzas se van debilitando y tal vez su espíritu: "Yo trabajo sin fe, sin esperanza [...] y sin caridad para mi pobre estómago y mi pobre ingenio. Quisiera yo ver a Goethe necesitando escribir a diario para el garbanzo, y queriendo llevar adelante la autoeducación" (1044).

A pesar de todo, emprende la tarea de traducir *Travail* de Zola, además de hacer un prólogo, esta labor la realiza en cuatro meses. Sobre la obra afirma: "En lo bueno y en lo malo, y sobre todo por el valor de actualidad que el gran público obrero de todo el mundo ha de darle, *Trabajo* se impone como un acontecimiento literario y en cierto modo social..." (1103).

Muy enfermo ya, rodeado de sus amigos, Clarín les habla de un proyecto de cuento: "Un pobre enfermo que se muda, lleno de entusiasmo, a una casa alegre, toda luz; manda sus muebles, envía sus libros y se agrava, y, al fin se muda... para el cementerio" (1107).[1]

PACIENCIA ONTAÑÓN
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

GUILLERMO SHERIDAN, *Tres ensayos sobre Gilberto Owen,* México: Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2008, 152 pp., ISBN 978-970-32-3997-9.

Al escribir sobre los primeros comentaristas de Luis de Góngora, Alfonso Reyes acepta las limitaciones de los lectores del siglo

[1] En una nota al pie de página, Yvan Lissorgues precisa: "Tuberculosis intestinal o cáncer de colon? Según los síntomas declarados hace años no puede descartarse esta segunda hipótesis" (1108, n. 35).

pasado para alcanzar el disfrute pleno de la poesía del cordobés, pues según él "nadie entiende ni podrá entender nunca, mediante los solos recursos de la sensibilidad y del gusto, una abrumadora multitud de pasajes del *Polifemo,* las *Soledades,* el *Píramo y Tisbe,* el *Panegírico* y otras cosas".[1] De allí su llamado a repasar lo que se ha redactado desde el mismo siglo XVII sobre la poesía de Góngora con el fin de dar con las llaves de oro para la comprensión de tan intrincada poética. Naturalmente, esta propuesta (de 1925) sigue siendo válida no sólo para el autor español sino para poetas más cercanos en el tiempo y el espacio. De entre los nuestros podemos sacar una lista que arranque con sor Juana Inés de la Cruz y termine con Octavio Paz o José Carlos Becerra, sólo por rematar con ejemplos célebres. Pero, sin duda, los aficionados a la poesía mexicana han chocado con más escollos de asombro y perplejidad entre las obras del grupo Contemporáneos.

Leer y releer los poemas de Jorge Cuesta, Gilberto Owen, José Gorostiza, Bernardo Ortiz de Montellano y, quizá en menor medida, Xavier Villaurrutia y Carlos Pellicer, nos otorga un placer rondado casi siempre por la desilusión de no poder abrir completamente sus sentidos "ocultos". Intuimos que existe algo más enterrado entre los versos, sensación compartida por quienes se han dedicado en las últimas décadas a escribir ensayos y estudios académicos sobre los mencionados autores. Al menos así lo confiesa Guillermo Sheridan en las primeras páginas de sus *Tres ensayos sobre Gilberto Owen,* dedicado a uno de los escritores más elusivos de la literatura mexicana moderna. Con todo y que la vida y la obra del sinaloense nos eluden, libros como los de Sheridan, Jaime García Terrés, Tomás Segovia y Vicente Quirarte no se han cansado de perseguirlas.

Los ensayos de Sheridan arrancan con una advertencia pertinente:

> la lectura que viene a continuación no desea, de ninguna manera, ni anular otras ni, mucho menos, abolir la pluralidad de lecturas. Una de las razones que hacen extraordinario a Owen es que su obra engendra lectores absolutamente diferentes unos de otros (12).

En efecto, el libro tiene el mérito de desarrollar juicios y descubrimientos novedosos sobre los poemas y el trayecto vital que atinadamente se han comparado con las fotografías más conocidas de Owen: desenfocadas, con contornos y detalles difíciles de distinguir. Empero, conviene advertir el constante reconocimiento que hace Sheridan de su deuda con Tomás Segovia y sus *Cuatro*

[1] Alfonso Reyes, "La necesidad de volver a los comentaristas", en *Obras completas,* tomo VII, México, FCE, 1958, p. 150.

ensayos sobre Gilberto Owen (2001), quien ya había planteado dos de las tesis fundamentales del libro aquí reseñado: la conversión de la vida de Owen en mito mediante la poesía y el mecanismo de "relevo", de sustitución de imágenes con un mismo valor simbólico aplicado por el sinaloense. En contraste, el análisis de Sheridan casi no muestra puntos de contacto con otros trabajos como el polémico estudio de Jaime García Terrés, *Poesía y alquimia. Los tres mundos de Gilberto Owen* (1980), o los de Vicente Quirarte, *El azogue y la granada. Gilberto Owen en su discurso amoroso* (1990) e *Invitación a Gilberto Owen* (2008).

El primer ensayo de Sheridan, "Viaje al origen", resulta una esclarecedora lectura del texto más comentado (y escurridizo) de Owen: *Sindbad el varado,* incluido en el volumen *Perseo vencido* de 1948. A este poema le ajusta a la perfección la propuesta apuntada de Alfonso Reyes: la necesidad de recurrir a los comentaristas para el mejor disfrute de semejantes escritos. Y es que poemas largos como el *Sindbad* resultan la expresión más acabada de la poética de un autor, es decir, de sus ideas sobre lo que es poesía y sobre la manera de construirla. Los poemas largos llevan esto último a la máxima tensión e, incluso, alcanzan su superación; de allí el carácter legendario otorgado a creaciones como *Un coup de dés* de Mallarmé, *Le cimètiere marin* de Valery, *The waste land* de Eliot o, en nuestra lengua, las *Soledades* de Góngora, el *Primero sueño* de sor Juana y, más cerca aún, *Esquemas para una oda tropical,* de Pellicer, *Segundo Sueño* de Ortiz de Montellano, *Canto a un dios mineral* de Cuesta, y *Muerte sin fin* de Gorostiza. Todos estos poemas comparten con el de Owen su enorme poder de fascinación, su dificultad para ser interpretados en plenitud y la variedad de lecturas críticas que han generado. Respecto a *Sindbad el varado,* Sheridan pretende subrayar "la materia biográfica que deriva de la borradura de su nombre, lo que implica detectar y comentar las apariciones en su poesía de su padre y de su madre" (29).

Aunque esta última aseveración nos haría creer que "Viaje al origen" es un recorrido pormenorizado por la vida "real", externa, del poeta, en realidad Sheridan nos descubre los mecanismos usados por Owen para convertir esa existencia en mito. De ese modo, el sinaloense buscó la transmutación alquímica de su pasado no para alcanzar una plenitud mística (como propuso García Terrés), sino para rescatarlo del fango de lo intrascendente, de la vulgaridad de lo cotidiano. Esto, lejos de satisfacer meras peticiones del ego, intenta colmar una honda necesidad humana: hallarle un sentido último a nuestra corta estadía en este mundo. Por ello Sheridan rastrea la manera en que Owen navega como Simbad no tras la aventura, sino tras los fantasmas de su padre (extranjero, borracho

y seguramente muerto con violencia), de su madre (sacada de la inocencia y abandonada por el progenitor), de sus amantes y, por su puesto, de su propia identidad, del "quién soy" representado como nombre perdido. No es difícil aceptar los argumentos del ensayista y adoptar su lectura para aclarar numerosos pasajes de la obra de Owen, a pesar que en ocasiones confiesa su perplejidad (como en el "Día diecinueve" del *Sindbad).* Naturalmente, una exégesis esotérica como la de García Terrés tampoco queda cancelada, pero los argumentos de Sheridan resultan mucho más convincentes.

Me parece que el segundo ensayo del libro, "Owen al revés", es el más sugerente y provocador del volumen. Sin necesidad de apelar a demasiadas fuentes documentales o testimonios, Sheridan pasa de nuevo revista a los textos Owen para tratar de fijar otro de los aspectos "desenfocados" del escritor: su bisexualidad. No hizo falta recurrir a la imaginería de los *queer studies* y a su andamiaje teórico para demostrar el diálogo más que literario entre Gilberto y Xavier Villaurrutia. En el proceso de transubstanciación mitológica de su vida, Owen recurrió a una imagen elocuente de sus pulsiones líricas y eróticas: Orfeo, quien tras su infructuoso descenso al inframundo decide emerger como amante homosexual (para luego morir asesinado por las ménades). Según Sheridan, así se explicaría el sentido de las imágenes más aprovechadas por el autor de *Desvelo:*

> en la tipología apenas insinuada por Owen en su glosa de Gide, cuando el propio cuerpo es "estrella" –y carece de sombra– se trata del cuerpo homosexual, mientras que el cuerpo *con* sombra es sólo objeto de la luz deseante. El cuerpo homosexual ha invertido los términos, genera su propia luz y la trae por dentro (91).

Esta interpretación, sostenida por varios fragmentos de la poesía de Owen y Villaurrutia, me parece convincente si aceptamos primero la tesis de la existencia vuelta mito propuesta primero por Tomás Segovia y retomada por Sheridan. Evidentemente, para varios lectores harían falta otras pruebas documentales, que quizá no aparezcan o no sean concluyentes si tomamos en cuenta la necesidad de ocultar pasiones homoeróticas en las primeras décadas del México posrevolucionario.

En el último de los *Tres ensayos sobre Gilberto Owen* su autor quiere inferir, a partir de algunos datos dispersos, la posible relación creativa entre el poeta mexicano y una de las figuras capitales de las letras españolas del siglo XX. A lo largo de "Gilberto Owen y García Lorca en la luna", Sheridan lanza más preguntas que res-

puestas sobre el posible trabajo en conjunto de uno y otro escritor en un guión cinematográfico para el casi desconocido cineasta y artista plástico mexicano Emilio Amero. La pesquisa detectivesca del estudioso lo lleva a concluir que Owen compuso para Amero *El río sin tacto,* proyecto luego retomado por Federico García Lorca con el nombre de *Viaje a la luna.* No existe testimonio fílmico de esta posible colaboración a distancia, ocurrida entre 1928 y 1930, cuando los poetas llegaron sucesivamente a Nueva York; sólo quedan los restos escritos. Por ello, aquí sí se hace indispensable mayor soporte documental, el cual aún no aparece.

El libro de Guillermo Sheridan logra, sin pesados marcos teóricos ni excesiva erudición, iluminar senderos pocos transitados entre los versos del autor de *Sindbad el varado.* No es un libro totalizador, como pretendió el estudio de Jaime García Terrés; *Tres ensayos sobre Gilberto Owen* sólo delinea fragmentos de ese retrato borroso que el poeta entregó a su posteridad lectora. Sin embargo, esas partes de la fotografía explican por qué quienes hemos frecuentado la poesía del sinaloense nos sentimos invitados, como nuevos simbades, odiseos, eneas y orfeos, a otorgarle (mejor aún, descubrirle) un sentido trascendente a las mezquindades y miserias de nuestra vida.

ELIFF LARA ASTORGA
Instituto de Investigaciones Filológicas